

---

**EDITORIAL****El Caribe: unidad, diversidad y fragmentación**

Las diferentes miradas y aproximaciones en torno al Caribe que han prevalecido históricamente tienden a las definiciones y análisis desde la fragmentación. Dicha fragmentación, en tanto hecho, se inicia desde el mismo momento de la llegada de los europeos al continente, representando la más recurrida y efectiva estrategia para la vigencia de la empresa colonial, tanto la histórica como la presente, y de los proyectos neocoloniales que irrumpen en la región en el contexto neoliberal y globalizado del momento. Esta perspectiva, por lo general, tiende a considerar que la diversidad y segmentación caribeñas constituyen obstáculos, casi insalvables, para los abordajes que conciben la región como un conjunto o unidad.

La propuesta por la unidad en el Caribe, que es diferente a su homogeneización, surge, en la mayoría de los casos, como una construcción de los sectores intelectuales de la región que, ante determinadas coyunturas políticas y económicas, recurren a situaciones y experiencias compartidas para abogar por un frente común que posibilite sumar fuerzas y enfrentar así las mayores desigualdades que se producen en la lucha individual de los países, territorios y pueblos caribeños.

En estas propuestas, si bien se pretende cierta unidad, también se hace patente la fragmentación de sustrato colonial. Una primera manifestación de esto lo representan el antillanismo y los diferentes planteamientos que durante la segunda mitad del siglo XIX se efectuaron en torno a una confederación antillana. Para los intelectuales y activistas Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos y José Martí había que combatir, simultáneamente, el colonialismo español vigente y los intereses estadounidenses que empezaban a imponerse, que atentaban contra las independencias ya obtenidas o las

luchas por estas. El alcance de esta confederación se restringía a las Antillas Mayores, es decir, Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y Haití. La realidad decimonónica de las Antillas Menores, bajo la tutela colonial de Francia, Inglaterra y Holanda, presentaba diferencias y distancias significativas.

Entrado el siglo XX, un contraste interesante en estas búsquedas de unidad se registra al comparar lo ocurrido con la Federación de las Indias Occidentales (1958-1962) y la Comunidad del Caribe (CARICOM). La primera de estas entidades aglutinaba las colonias británicas en la región y fue formulada e incentivada desde el gobierno metropolitano. Se trató de un ejercicio de administración colonial en el que se hicieron patentes las rivalidades entre las islas y los nacionalismos emergentes. Todo esto incidió en su breve existencia. Sin embargo, en 1973, apenas 11 años luego de la disolución de la Federación, surge la Comunidad del Caribe o CARICOM, integrada prácticamente por los mismos territorios, salvo que ahora como estados independientes o en vías de serlo, y reunidos en torno a intereses y necesidades propios. Este hecho marca una diferencia significativa en la vigencia que mantiene el ente y en su participación como bloque en la ONU, OEA y demás organismos multilaterales. Esta comunidad hace causa común para afianzar los procesos poscoloniales y rediseñar las relaciones entre sí, con la antigua metrópoli y con diferentes centros hegemónicos. Dentro de esta dinámica, la reivindicación histórica del pasado colonial, la esclavización y el sistema de plantación contribuyen a arraigar los nexos y elementos en común de las denominadas *West Indies*.

Estos aspectos reivindicados por las antiguas colonias británicas se han generalizado, en los desarrollos académicos, a todo el Caribe, tanto insular como continental. Han servido para establecer nexos en la construcción de historias, memorias y culturas compartidas, así como para visibilizar procesos que no eran tan tenidos en cuenta en otros ámbitos de la región (como el hispano). No obstante, se pueden producir sesgos o simplificaciones cuando se pretende abarcar o describir la totalidad de la región solo bajo estos parámetros o pretender que un modelo de colonización, plantación o esclavización, como el británico, y los criterios analíticos para el mismo, son extensibles, sin más, a los desarrollados por las otras metrópolis.

Por otro lado, en esta búsqueda de aspectos que permitan formular la unidad del Caribe dentro de su diversidad y fragmentación, adquieren importancia los estudios de área que se consolidan a partir del inicio de la década de 1990. En lo específico, se identifican dos intereses predominantes: por un lado, los estudios sobre mercados comunes, relaciones internacionales y cooperación e integración regional y, por otro, los relativos a identidades, culturas e imaginarios compartidos.

Los estudios literarios y de la cultura ocupan un lugar central en la búsqueda de postular una identidad caribeña (macro)regional. Reivindican la diferencia y la fragmentación, incluso las temporalidades múltiples de procesos, para hacer de esto, precisamente, el punto en común y de unión. Asumen la diversidad como intrínseca al Caribe y se centran en las dinámicas y los contextos en que surgen y tienen lugar las expresiones socioculturales y artísticas de estas comunidades. En este interés se observa un esfuerzo y reto enorme de los académicos y pensadores de la región para elaborar o seleccionar el instrumental analítico y teórico que permita conceptualizar al Caribe desde esta perspectiva. Independientemente de resultados mejor logrados o no, y de alguna exotización o banalización, esta búsqueda traza la ruta de una tradición de pensamiento que se rebela ante la fragmentación colonial y neocolonial, postulando la unidad y las miradas de conjunto en torno a la región.

Por último, es necesario señalar que estos esfuerzos y propósitos se ubican principalmente en perspectivas decolonizadoras y poscoloniales. Una deuda y reto todavía pendiente de los académicos y pensadores de la región apunta a la profundización en los análisis y estudios de las dinámicas intracaribeñas actuales que implican rivalidades y conflictos entre pueblos y Estados, lo que atenta en la práctica contra cualquier postulado de unidad.

En estos procesos, aunque se expresa el trasfondo de la segmentación colonial y geopolítica, cobran mayor vigencia las dinámicas del devenir nacional de los países, los intereses particulares y las desigualdades intrarregionales. Es lo que ocurre con la segregación de los inmigrantes haitianos en República Dominicana y Las Bahamas; el desconocimiento de derechos de los pueblos negros en Honduras,

Costa Rica y Panamá; las pugnas de poder entre afrocaribeños e indocaribeños en Guyana, Surinam y Trinidad, o los conflictos entre comunidades indígenas y afrodescendientes en Nicaragua y Colombia, entre otros.

Entre estos nuevos desafíos en pos de la unidad regional, se encuentra la redefinición de la noción de ciudadano, en lugar del eterno inmigrante; contemplar lo nacional desde lo pluriétnico y la diversidad cultural, en lugar de la identidad única y excluyente, y asumir lo cultural como espacio de encuentro, de memorias y experiencias compartidas, en el que las diferencias dejen de ser fronteras totalizadoras e infranqueables y operen como puntos de convergencia y de reconocimiento, es decir, un “nosotros” múltiple y heterogéneo.

Un quehacer crítico desde las ciencias sociales y humanas para abordar la región conlleva miradas transdisciplinares, integrando su complejidad e historicidad. Tales críticas han de contribuir a desestructurar los cánones científicos que han estado al servicio de los diferentes colonialismos y colonialidades. De igual modo, implica dejar de lado las historias y estudios nacionales, el monolingüismo de las fuentes documentales, para hacer acopio de información más amplia, y de estudios y análisis que salven tanto los sesgos y la fragmentación como la romantización y la exotización, a los que también ha contribuido cierta producción académica sobre la región.

Con este propósito, hemos armado este número de *Estudios Sociales*. El fascículo abre con un planteamiento de conjunto de cómo debe de estudiarse el Caribe, avalado por la firma del destacado intelectual dominicano de la diáspora, Silvio Torres-Saillant. Para este estudioso de la literatura caribeña en la academia norteamericana, la pluralidad de lenguas, de grupos étnicos, de formas de dominación, pero también de movimientos orientados a la liberación, han hecho del Caribe un espacio geopolítico con una diversidad compleja. En el mismo tenor, Nansen Tápanes y Vilma Díaz Cabrera estudian la figura de Caliban en tres autores caribeños de lenguas diferentes: Roberto Fernández Retamar (español), Aimé Césaire (francés) y George Lamming (inglés). La figura de Caliban, tomada de *La tempestad* de Shakespeare, orienta la escritura de estos caribeños hacia temas comunes y al mismo tiempo diferenciados: el discurso contracolonial y

libertario, desde finales del siglo XIX hasta la década del sesenta del siglo XX, la relación de los tres escritores con las lenguas coloniales y el contexto sociohistórico que condiciona la creación literaria.

A seguidas, tres artículos enfocan, desde diversas disciplinas, procesos específicos de islas caribeñas distintas. Manuel Maza, historiador, estudia la figura de Miguel Tacón, considerado como el gobernador español más calificado de la Cuba colonial. A través de su figura, analiza la élite esclavista azucarera, fautora del primer ferrocarril español, e indaga las primeras manifestaciones de las luchas independentistas del siglo XIX cubano. Contra el denunciado anti-haitianismo dominicano, el artículo de Lorgia García Peña, enmarcado en los estudios de frontera (*border studies*), destaca la actuación de Sonia Marmolejos, una ciudadana que, durante el terremoto de Haití de 2010, evidenció una “consciencia rayana”, es decir, el entendimiento y cooperación constantes entre haitianos y dominicanos que habitan en la zona fronteriza de La Hispaniola. La investigadora dominico-americana examina también las producciones de *performances* y videos de David “Karmadavis” Pérez y de la canción *Da pa’ lo’ do’*, de Rita Indiana. Por su parte, el sociólogo puertorriqueño Ángel Quintero se acerca a una manifestación religiosa de su isla natal que encontrará ecos en otras islas del Caribe. Observa la asociación de elementos que en la tradición cristiana convencional parecieran contrapuestos, como es la devoción, la espiritualidad y el erotismo. Analiza las reinterpretaciones de santos y vírgenes de la tradición católica ibérica y cómo todo se resignifica en suelo boricua a través de las tallas de santos. El artículo incluye fragmentos de la tradición oral que dan cuenta de estos fenómenos peculiares de la religiosidad caribeña y su vigencia en la memoria de los puertorriqueños.

Esta entrega de *Estudios Sociales* se completa con un ensayo didáctico de José Luis Sáez sobre la historia de los jesuitas en el Caribe y con una nota bibliográfica de Sharina Maillo-Pozo del libro *The borders of Dominicanidad*, de Lorgia García-Peña, que será publicado próximamente en español por la Editorial Universitaria Bonó. En esta obra se puede apreciar cómo podrán evolucionar los estudios dominicanos cuando adoptan una perspectiva transnacional, con especial sensibilidad hacia el Caribe.

Para concluir, queremos dejar constancia que este número de la revista se presenta como parte del programa de actividades desarrollado por el grupo de trabajo «Afrodescendencia, racismo y resistencias en el Caribe», auspiciado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). El conjunto de artículos ubica la historia, las realidades y la tradición de pensamiento caribeño para proponer miradas críticas. Se suma así a los objetivos del citado grupo de trabajo que pretende cuestionar las hegemonías imperantes en la región, especialmente las relacionadas con la «colonialidad del saber».